

Falso patriotismo

Estoy persuadido que una de las obras más oportunas hoy, más bienhechoras y, digámoslo sin rodeos, más patrióticas, es señalar con dedo firme los defectos y manchas del patriotismo.

Por no hacerlo así, por no distinguir bien un patriotismo bueno y laudable y otro viciado y aborrecible, por no hacer la debida separación entre ambos, corremos el peligro de envolver en una misma adoración lo santo y lo vil, lo puro y lo criminal. De aquí se sigue que, teniendo el patriotismo, sin hacer esa depuración, tantos puntos vulnerables, tantos puntos débiles... humanitaquiera que se llamen, todos cuántos maldicen la idea de patria como algo bárbaro y regresivo, semilleros de odios y luchas fratricidas, tiene a mano argumentos copiosos, fáciles, que seducen con fuerza invencible.

El patriotismo ha venido a ser para nosotros algo colocado en región tan alta, tan sacrosanta como en el nicho de un altar. Levantar su velo, hablar de él, ponerlo en el crisol de la crítica, casi nos parece una profanación.

En torno a él tenemos una literatura copiosa; pero, ¿qué literatural, hecha en gran parte de toques de clarín, de golpes de parche, de trompetería épica, de lirismo incluso, cuyo resultado es mantener en los aires una constante vibración semi-artificial, a cuyo conjuro se galvanizan de vez en cuando nuestros nervios: entonces nos sentimos patriotas.

Sepamos de una vez que el patriotismo no se santifica por sí sólo, ni santifica cuanto se hace en su nombre y bajo su inspiración. Que es un sentimiento propenso a mil desvíos y decadencias

y necesita ser regulado y contrastado por una norma superior para no degenerar y envilecerse.

¿Cómo es el patriotismo actual? No hace falta gran ojo clínico para advertir en él achaques y enfermedades sin cuento. Sólo un bautismo puede sanear y purificar el sentimiento patriótico: una religión honda, comprensiva, impregnada de sincera fraternidad. ¿Será maravilla, pues, que del árbol maldito de la universal apostaría que domina en estos últimos siglos brote el fruto venenoso de un patriotismo sin conciencia, sin moral, sin freno, expresión de todos los odios y orgullos?

Este patriotismo el orgullo nacional frenético y desmesurado.

¿Queréis un tipo de este orgullo patriótico? No necesitáis la linterna de Diógenes que os saldrá en tropel en cada enroscijida; me fijaré, con todo, en uno, que es acaso el más representativo.

¿No habéis hablado jamás con uno de esos franceses exaltados uno de aquellos fanáticos de la revancha, que en su país son legión? Escuchadle como habla. ¡Francia! ¡Con qué unión pronuncia el nombre de su patria! Para él no es una simple nación, es ya casi una deidad. Ella tiene el monopolio de todos los atributos humanos. Es el cerebro del mundo, el corazón del mundo, «le flambeau», la antorcha del mundo. Llegará, en su entusiasmo, a decir lo que el cronista ha escuchado alguna vez: que Dios necesita de la Francia (sic), que Francia es para Dios el soldado, el apóstol imprescindible. Si Francia pereciera, quedaría en tierra el cadáver de la civilización. Si el corazón francés dejara de latir, el planeta sufriría un

AL CESAR

Yo soy por la desgracia perseguido;
mil veces por los hombres fui burlado;
y sin embargo nunca he deseado
vengarme del agravo recibido.

El hacer siempre bien, me ha complacido,
y solo ingraticudes he encontrado,
mas, ¿qué importa...! si el mundo me ha injuriado
Dios mis actos, quizás, ha bendecido.

Ante el dolor, conviene resignarse...
de la senda del mal siempre apartarse,
y si se encuentra el bien, ir de él en pos.

Por la vida tranquilos avanzar,
y en ella al César, lo del César dar,
y siempre dar a Dios, lo que es de Dios.

Cecilio Rocalde

Madrid

colapso. Si París apagara sus luces, vendría la noche sobre la humanidad.

Pues ¿qué si se habla de la historia? La Francia aparece como la hija mimada que ha recibido en herencia todos los tesoros. El griego le dejó su armonía y belleza; el romano, su pujanza; el galo y el franco, el sentimiento de su dignidad e independencia; el Cristianismo le basó para poseerla, y así, todo lo pasado ha existido para preparar esa criatura amable y hechicera que, asentada sobre el Atlántico, ilumina con su sonrisa ambos continentes.

Cuando así se ha subido a la cabeza el vino de esta soberbia, todo disparate es posible. Así se explica cómo, hace pocos días, el ministro monsieur Bartou, en una arenga después de cantar las glorias de Napoleón, vino a decir que el gran error, el imperdonable error de Napoleón, consistió en dejar que reviviera la Prusia. «Nosotros — añadió — no lo cometeremos esta vez.»

Cuando el sentimiento patriótico se ha inflamado con esos delirios, se llega a negar el aire y la luz comunes a los demás

pueblos, se pide su exterminio, se niega su derecho de existencia.

Toda nación que ha aspirado en estos últimos tiempos al puesto de nación ombre, Inglaterra, Francia, Alemania, Estados Unidos ha sufrido y sufre este vértigo patriótico, el mismo que señaló el Profeta en la antigua Tiro, cuando mirándose en el espejo de las aguas decía: «Yo solo y nadie más que yo.» Y este orgullo, este endiosamiento, este desprecio inmenso de los demás se quiere cubrir con el nombre de patriotismo! ¿No es más bien un vicio, una adulteración odiosa?

La patria no es Dios. El amor a la patria no es algo absoluto, divino, impecable. El patriotismo debe mirar a Dios, Señor de las naciones, y en él, a toda la humanidad hija suya. Antesponga enhorabuena el amor de los suyos; pero no lo niegue a los demás; mirelos como colaboradores de la gran obra de progreso y perfección que debe perseguir la gran familia humana. Ese patriotismo exaltado, ébrio de orgullo exclusivo al contrario es de toda fraternidad.

F. ARRARAS